

DOCUMENTACION ESPECIAL

Los discursos del Papa Juan Pablo II, Documentos de Puebla y
Cartas de Solidaridad con Mons. Oscar Arnulfo Romero y Mons. Manuel Salazar.

La estancia del Papa Juan Pablo II en México y la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano han producido un gran número de discursos papales y documentos episcopales. En la imposibilidad de reproducir todos ellos se seleccionan aquí aquellos discursos y documentos que responden más directamente a la situación histórica del

continente latinoamericano en el que la Iglesia desarrolla su misión. En ellos aparecen la apreciación cristiana de la situación actual y la respuesta fundamental eclesial a esa situación. Se añaden las cartas de solidaridad a Mons. Oscar A. Romero, Arzobispo de San Salvador, y a Mons. Manuel Salazar, Presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua.

Los Discursos del Papa Juan Pablo II

HOMILIA DEL PAPA EN SANTO DOMINGO (25 Enero 1979)

Hermanos en el Episcopado, amadísimos hijos:

En esta eucaristía en la que compartimos la misma fe en Cristo, el obispo de Roma y de la Iglesia universal, presente entre vosotros, os da su saludo de paz; "la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios padre y de nuestro señor Jesucristo". (Gal. 3.)

Vengo hasta estas tierras americanas como peregrino de paz y esperanza para participar en un acontecimiento eclesial de evangelización, acuciado a mi vez por las palabras del apóstol Pablo: "Si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone por necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizará!" (1, Cor-9,16).

El actual período de la historia de la humanidad requiere una transmisión reavivada de la fe, para comunicar al hombre de hoy el mensaje perenne de Cristo, adaptado a sus condiciones concretas de vida.

Esa evangelización es una constante y exigencia esencial de la dinámica eclesial. Pablo VI, en su encíclica *Evangelii Nuntiandi*, afirmaba que "evangelizar constituye la dicha y la vocación de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar".

Y el mismo pontífice precisa que "Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios".

"Como núcleo y centro de su buena nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo, liberación del pecado y del maligno".

La Iglesia, fiel a su misión, continúa presentando a los hombres de cada tiempo, con la ayuda del Espíritu Santo y bajo la guía del Papa, el mensaje de salvación de su divino fundador.

Esta tierra dominicana fue un día la primera destinataria, y luego propulsora, de una gran empresa de evangelización que merece gran admiración y gratitud.

Desde finales del siglo XV esta querida nación se

abre a la fe de Jesucristo, a la que ha permanecido fiel hasta hoy. La Santa Sede, por su parte, crea las primeras sedes episcopales de América, precisamente en esta isla, y posteriormente la sede arzobispal y primada de Santo Domingo.

En un período relativamente corto, los senderos de la fe van surcando la geografía dominicana y continental, poniendo los fundamentos del legado hecho vida que hoy contemplamos en lo que fue llamado el Nuevo Mundo.

Desde los primeros momentos del descubrimiento, la preocupación de la Iglesia se pone de manifiesto, para hacer presente el reino de Dios en el corazón de los nuevos pueblos, razas y culturas, y en primer lugar entre vuestros antepasados.

Si queremos tributar un merecido agradecimiento a quienes transplantaron las semillas de la fe, ese homenaje hay que rendirlo en primer lugar a las órdenes religiosas, que se destacaron, aun a costa de ofrendar sus mártires, en la tarea evangelizadora, sobre todo los religiosos dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y luego los jesuitas, que hicieron árbol frondoso lo que había brotado de tenuous raíces. Y es que el suelo de América estaba preparado por corrientes de espiritualidad propia para recibir la nueva sementera cristiana.

No se trata, por otra parte, de una difusión de la fe, desencarnada de la vida de sus destinatarios, aunque siempre debe mantener su esencial referencia a Dios. Por ello la Iglesia en esta isla fue la primera en reivindicar la justicia y en promover la defensa de los derechos humanos en las tierras que se abrían a la evangelización.

Son lecciones de humanismo, de espiritualidad y de afán por dignificar al hombre, las que nos enseñan Antonio Montesinos, Córdoba, Bartolomé de las Casas, a quienes harán eco también en otras partes Juan de Zumárraga, Motolinía, Vasco de Quiroga, José de Anchieta, Toribio de Mogro-vejo, Nobrega y tantos otros. Son hombres en los que late la preocupación por el débil, por el indefenso, por el indígena, sujetos dignos de todo respeto como personas y como portadores de la imagen de Dios, destinados a una vocación trascendente. De ahí nacerá el primer derecho internacional con Francisco de Vitoria.

Y es que no pueden disociarse —es la gran lección, válida hoy también— anuncio del evangelio y promoción humana; pero para la Iglesia, aquél no puede confundirse ni agotarse —como algunos pretenden— en esta última. Sería cerrar al hombre espacios infinitos que Dios le ha abierto. Y sería falsear el significado profundo y completo de la evangelización, que es ante todo anuncio de la buena nueva del Cristo salvador.

La Iglesia, experta en humanidad, fiel a los signos de los tiempos, y en obediencia a la invitación apremiante del último concilio, quiere hoy continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos, invitando a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios.

Hacer ese mundo más justo significa, entre otras cosas, esforzarse porque no haya niños sin nutrición suficiente, sin educación, sin instrucción; que no haya jóvenes sin la preparación conveniente; que no haya campesinos sin tierra para vivir y desenvolverse dignamente.

Que no haya trabajadores maltratados ni disminuidos en sus derechos; que no haya sistemas que permitan la explotación del hombre por el hombre o por el Estado; que no haya corrupción; que no haya a quien le sobra mucho, mientras a otros inculpablemente les falte todo.

Que no haya tanta familia mal constituida, rota, desunida, insuficientemente atendida; que no haya nadie sin amparo de la ley que la ley ampare a todos por igual; que no prevalezca la fuerza sobre la verdad y el derecho, sino la verdad y el derecho sobre la fuerza; y que no prevalezca jamás lo económico ni lo político sobre lo humano.

Pero no os contentéis con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe y en el que ésta inspire el progreso moral, religioso y social del hombre.

No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre, porque es la revelación del amor.

El amor del Padre por los hombres, por todos y cada uno de los hombres, amor revelado en Jesucristo. "Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3, 16).

Jesucristo ha manifestado ese amor ante todo en su vida oculta —"todo lo ha hecho bien" (Mc, 7,37)—, y anunciando el evangelio; después, con su muerte y resurrección, el misterio pascual en el que el hombre encuentra su vocación definitiva a la vida eterna, a la unión con Dios. Es la dimensión escatológica del amor.

Amados hijos: termino exhortándoos a ser siempre dignos de la fe recibida. Amad a Cristo, amad al hombre por él y vivid la devoción a nuestra querida madre del cielo, a quien invocáis con el hermoso nombre de Nuestra Señora de la Altagracia, a la que el Papa quiere dejar como homenaje de devoción una diadema.

Ella os ayude a caminar hacia Cristo, conservando y desarrollando en plenitud la semilla plantada por vuestros primeros evangelizadores. Es lo que el Papa espera de todos vosotros.

De vosotros, hijos de Cuba aquí presentes, de Jamaica, de Curazao y Antillas, de Haití, de Venezuela y Estados Unidos. Sobre todo de vosotros, hijos de la tierra dominicana. Así sea.

SALUDO DEL SANTO PADRE A LOS INDIOS DE OAXACA Y CHIAPAS (29 de enero 1979)

Amadísimos hermanos indígenas y campesinos:

Os saludo con alegría y agradezco vuestra presencia entusiasta y las palabras de bienvenida que me habéis dirigido. No encuentro mejor saludo, para expresar los sentimientos que ahora embargan mi corazón, que la frase de San Pedro, el Primer Papa de la Iglesia: "Paz a vosotros los que estáis en Cristo". Paz a vosotros que formáis un grupo tan numeroso.

También vosotros, habitantes de Oaxaca, de Chiapas, de Cuilapan y los venidos de tantas otras partes, herederos de la sangre y de la cultura de vuestros nobles antepasados —sobre todo los mixtecos y los zapotecos—, fuisteis "llamados a ser santos, con todos aquéllos que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (I Cor 1,2).

El Hijo de Dios "habitó entre nosotros" para hacer hijos de Dios a aquéllos que creen en su nombre (cf. Jn. 1-11 ss.); y confió a la Iglesia la continuación de esta misión salvadora allí donde haya hombres. Nada tiene pues de extraño que un día, en el ya lejano siglo XVI, llegaron aquí por fidelidad a la Iglesia, misioneros intrépidos, deseosos de asimilar vuestro estilo de vida y costumbres para revelar mejor y dar expresión viva a la imagen de Cristo. Vaya nuestro recuerdo agradecido al primer Obispo de Oaxaca, Juan José López de Zárate y tantos misioneros —franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas—, hombres admirables por su fe y por su generosidad humana.

Ellos sabían muy bien cuán importante es la cultura como vehículo para transmitir la fe, para que los hombres progresen en el conocimiento de Dios. En esto no puede haber distinción de razas ni de culturas, "no hay griego ni judío . . . , ni esclavo ni libre, sino que Cristo es todo en todos". (cf. Col. 3,9-11). Esto constituye un desafío y un estímulo para la Iglesia, ya que, siendo fiel al mensaje genuino y total del Señor, ha de abrirse e interpretar toda realidad humana para impregnarla de la fuerza del evangelio (cf. Evangelii Nuntiandi, nn. 20, 40).

Amadísimos hermanos: mi presencia entre vosotros quiere ser un signo vivo y fehaciente de esta preocupación universal de la Iglesia. El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman; aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto para en adelante.

Pero no sólo de eso os quiero hablar. A través de vosotros, campesinos e indígenas, aparece ante mis ojos esa muchedumbre inmensa del mundo agrícola, parte todavía prevalente en el continente latinoamericano y un sector muy grande, aún hoy día, en nuestro planeta.

Ante ese espectáculo imponente que se refleja en mis pupilas, no puedo a menos de pensar en el idéntico cuadro que hace diez años contemplara mi Predecesor Pablo VI, en su memorable visita a Colombia y más concretamente en su encuentro con los campesinos.

Con él quiero repetir —si fuera posible, con acento aún más fuerte en mi voz— que el Papa actual quiere ser "solidario con vuestra causa, que es la causa del Pueblo humilde, la de la gente pobre" (Discurso a los campesinos, 23 de agosto 1968); que el Papa está con esas masas de población "casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente" (ibidem).

Haciendo mía la línea de mis Predecesores Juan XXIII y Pablo VI, así como del Concilio (cf. *Mater et Magistra*, *Populorum Progressio*, *Gaudium et spes*, 9, 71, etc.) y en vista de una situación que continúa siendo alarmante, muchas veces mejor y a veces aún peor, el Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas.

El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad, no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos— de lo poco que tiene; a que no se impida su aspiración a ser parte en su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece.

Para ellos, hay que actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender sin esperar más reformas urgentes (*Populorum Progressio*, 32).

No puede olvidarse que las medidas a tomar han de ser adecuadas. La Iglesia defiende, sí, al legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios le ha dado. Y si el bien común lo exige, no hay que dudar ante la misma expropiación, hecha en la debida forma (*Populorum Progressio*, 24).

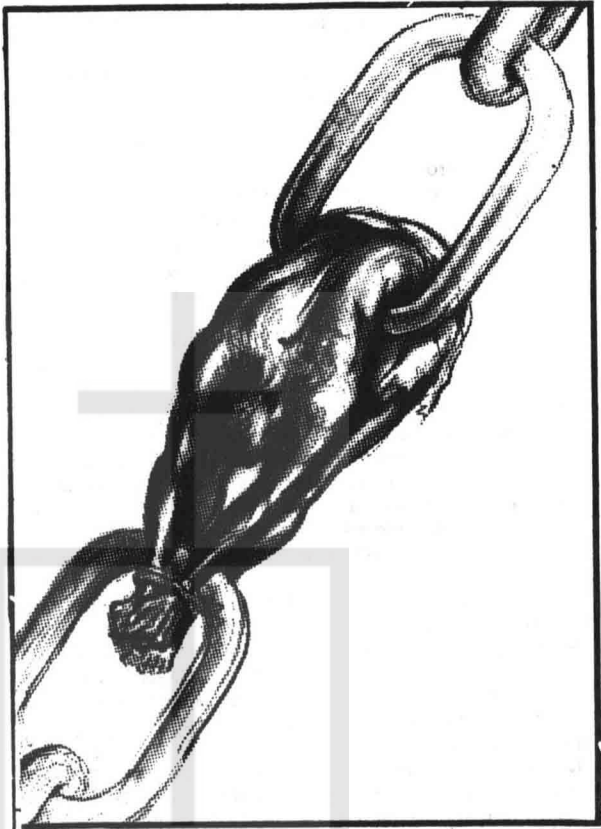
El mundo agrícola tiene una gran importancia y una gran dignidad; él es el que ofrece a la sociedad los productos necesarios para su nutrición. Es una tarea que merece el aprecio y estima agradecida de todos, lo cual es un reconocimiento a la dignidad de quien de ello se ocupa.

Una dignidad que puede y debe acrecentarse con la contemplación de Dios que favorece el contacto con la naturaleza, reflejo de la acción divina, que cuida de la hierba del campo, la hace crecer, la nutre y fecunda la tierra, enviándole la lluvia y el viento, para que alimente también a los animales que ayudan al hombre, como leemos al principio del Génesis.

El trabajo del campo comporta dificultades no pequeñas por el esfuerzo que exige, por el desprecio con el que a veces es mirado o por las trabas que encuentra, y que sólo una acción de largo alcance pueden resolver. Sin ello, continuará la fuga del campo hacia las ciudades, creando frecuentemente problemas de proletarización extensa y angustiosa, hacinamientos en viviendas indígenas de seres humanos, etc.

Un mal bastante extendido es la tendencia al individualismo entre los trabajadores del campo, mientras que una acción mejor coordinada y solidaria podría servir de no poca ayuda. Pensad en esto, queridos hijos.

A pesar de todo ello, el mundo campesino posee riquezas humanas y religiosas envidiables; un arraigado amor a la familia, sentido de amistad, ayuda al más necesitado, profundo humanismo, amor a la paz y convivencia cívica, vivencia de lo religioso, confianza y apertura a Dios, cultivo del amor a la Virgen María y tantos otros.



Es un merecido tributo de reconocimiento que el Papa quiere expresar y al que sois acreedores por parte de la sociedad. Gracias, campesinos por vuestra valiosa aportación al bien social. La humanidad os debe mucho. Podéis sentirnos orgullosos de vuestra contribución al bien común.

Por parte vuestra, responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis a veces improductivas las tierras que esconden el pan que a tantas familias falta: la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido, y sobre todo la voz de Dios, la voz de la Iglesia os repite conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas. Hay que poner en práctica medidas reales, eficaces, a nivel local, nacional e internacional, en la amplia línea marcada por la Encíclica *Mater et Magistra* (parte tercera). Y es claro que quien más debe colaborar en ello, es quien más puede.

Amadísimos hermanos e hijos: trabajad en vuestra elevación humana. Pero no os detengáis ahí. Hacedos cada vez más dignos en lo moral y religioso. No abriguéis sentimientos de odio o de violencia, sino que mirad hacia el Dueño y Señor de todos, que a cada uno da la recompensa que sus actos merecen. La Iglesia está con vosotros y os anima a vivir vuestra condición de hijos de Dios, unidos a Cristo, bajo la mirada de María nuestra Madre Santísima.

El Papa os pide vuestra oración y os ofrece la suya. Y al bendeciros a vosotros y a vuestras familias, se despide de vosotros con las palabras del Apóstol San Pablo "Llevad un saludo a todos los hermanos en el ósculo santo". Sea esto una llamada a la esperanza. Así sea.

EN EL ESTADIO DE JALISCO

EL TRABAJO, UNA VOCACION PARA CAMBIAR
AL MUNDO

31 de enero de 1979

Queridos obreros y obreras:

Llego hasta aquí a este cuadro maravilloso de Guadalupe, donde nos encontramos en el nombre de aquél que quiso ser conocido como el hijo del artesano.

Vengo hasta vosotros trayendo en mis ojos y en mi alma la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, vuestra patrona, hacia la que profesáis un amor filial que he podido constatar, no sólo en su santuario, sino incluso pasando por las calles y ciudades de México. Donde hay un mexicano, ahí está la madre Guadalupe. Me decía un señor, que el 96 por ciento de mexicanos son católicos, mas ciento por ciento son guadalupanos.

He querido venir a visitaros familias obreras de Guadalupe y de otros lugares en esta arquidiócesis que se distingue por su adhesión a la fe por su unidad familiar y por sus esfuerzos para responder a las grandes exigencias humanas y cristianas de justicia, de la paz, del progreso, según Dios.

Me presento ante vosotros como un hermano con alegría y con amor, después de haber tenido la oportunidad de recorrer los caminos de México y de ser testigo del amor que aquí se profesa a Cristo, a la Virgen Santísima y al Papa, peregrino y mensajero de la fe, de la esperanza y de la unión entre los hombres. Deseo manifestaros desde el primer momento cuánto agrada al Papa que este encuentro sea de obreros, de familias obreras, de familias cristianas que desde sus puestos de trabajo saben ser agentes del bien social, de respeto, de amor a Dios en el taller, en la fábrica, en cualquier casa o lugar.

Pienso en vosotros, niños y niñas, jóvenes de familias obreras; me viene a la mente la figura de aquél que nació en el seno de una familia artesana, que creció en edad, sabiduría y gracia, que de su madre aprendió los caminos humanos, que en aquél varón justo que Dios le dio por padre tuvo el maestro en la vida y en el trabajo cotidiano. La Iglesia venera a esta madre y a ese hombre, a ese santo obrero, también él modelo de hombre y de obrero.

Nuestro Señor Jesucristo recibió las caricias de sus recias manos de obrero, manos interesadas por el trabajo, manos abiertas a la bondad y al hermano necesitado. Permittedme entrar en vuestras casas, queréis tener al Papa como huésped y amigo vuestro y darle el consuelo de ver en vuestros hogares la unión, el amor familiar que descansa tras la jornada de fatiga en este mutuo y afectuoso que reinaba en la Sagrada Familia. Me hace ver, queridos niños y jóvenes que os estáis preparando de manera seria para el mañana, os lo repito, sois la esperanza del Papa.

No me neguéis la alegría de ver vuestro sentido de responsabilidad en los estudios, en las actividades, en las diversiones. Estáis llamados a ser portadores de generosidad y honestidad, a ser luchadores contra la inmoralidad, a preparar ese México más justo y sano, más feliz para los hijos de Dios e hijos de Nuestra Madre María.

Vosotros, sabéis muy bien, que el trabajo de vuestros padres está presente en el esfuerzo común de crecimiento en esta nación y en todo lo que contribuya para que los beneficios de la civilización contemporánea lleguen a todos los mexicanos. Estad orgullosos de vuestros padres y colaborad

con ellos en vuestra formación de jóvenes honrados y cristianos, os acompañan mi afecto y mi aliento. El afecto del Papa se dirige también a las trabajadoras madres y esposas presentes y a todas aquéllas que escuchan mi palabra a través de los medios de comunicación social. Recordad a aquella Virgen Madre que supo ser causa de alegría para el esposo y guía solícita para el hijo en los momentos de dificultad y de prueba, cuando hay preocupaciones y limitaciones, recordad que Dios escogió a una madre pobre y que ella supo permanecer firme en el bien, aun en las horas más duras.

Muchas de vosotras trabajáis también en alguna de las múltiples actividades que hoy se abren a la capacidad femenina, muchas de vosotras sois también sustento para no pocos hogares y ayuda continua para que la vida familiar sea cada vez más digna. Estad presentes con vuestra creatividad en la transformación de esta sociedad, la manera de vida contemporánea ofrece oportunidades y empleos cada vez más importantes para la mujer, llevad vuestra aportación iluminada por vuestro sentido religioso a todos los vuestros y aun a las más altas magistraturas.

Amigos, hermanos trabajadores, existe un concepto cristiano del trabajo, de la vida familiar y social que encierra grandes valores y que reclama criterios y normas morales que orienten a quien cree en Dios y en Jesucristo, para que el trabajo se realice como una verdadera vocación de transformación del mundo, en un espíritu de servicio y de amor a los hermanos para que la persona humana se realice aquí mismo y contribuya a la creciente humanización del mundo y de sus estructuras.

El trabajo no es una maldición, es una bendición de Dios que llama al hombre a dominar la tierra y a transformarla, para que con la inteligencia y el esfuerzo hermanos continúe la obra creadora y divina. Quiero deciros con toda mi alma y fuerzas: me duelen las injusticias de trabajo, me duele profundamente la injusticia, me duelen los conflictos, me duelen las ideologías de odio y violencia que no son evangélicas y que tantas heridas causan en la humanidad contemporánea.

Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias, a él se le pide ser testigo y agente de justicia, el que trabaja tiene derechos que ha de defender legalmente; pero tiene también deberes que ha de cumplir generosamente. Como cristianos estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad a la vez que forjadores de caridad social. La técnica contemporánea crea toda una problemática nueva y a veces produce desempleo; pero también abre grandes posibilidades que reclaman en el trabajador una preparación cada vez mayor y una aportación de su capacidad humana e imaginación creadora. Por ello el trabajo no ha de ser una mera necesidad, ha de ser visto como una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habite la justicia y fraternidad, anticipo del reino de Dios, en el que no habrá ya, ni carencias, ni limitaciones.

El trabajo ha de ser el medio para que toda la creación esté sometida a la dignidad del ser humano e hijo de Dios. Ese trabajo ofrece la oportunidad de comprometerse con toda la comunidad sin resentimientos, sin amarguras, sin odios, sino con el amor universal de Cristo que a nadie excluye y que a todos abraza. Cristo nos ha anunciado el Evangelio, por el que sabemos que Dios es amor, que es Padre de todos y que nosotros somos hermanos.

El misterio central de nuestra vida cristiana que es el de la Pascua nos hace mirar al cielo nuevo y a la Tierra nueva. En el trabajo debe existir esa mística pascual, con la que

los sacrificios y fatigas se aceptan con impulso cristiano para hacer que resplandezca más claramente el nuevo orden querido por el Señor y para hacer un mundo que responda a la bondad de Dios en la armonía, el amor y la paz.

Amadísimos hijos e hijas, pido al Señor por vosotros todos y por vuestras familias, pido al Señor por la unidad y estabilidad de los matrimonios y porque la vida del hogar sea siempre plena y gozosa, la fe cristiana ha de ser más fuerte con todos los factores de crisis contemporánea. La Iglesia, como el Concilio nos ha enseñado cariñosamente, ha de ser la gran familia en la que se vive la dinámica de unidad, de vida, de gozo y de amor, que es la trinidad santísima. El mismo Concilio ha llamado a la familia "pequeña iglesia", en la familia cristiana tiene su principio la acción evangelizadora de la Iglesia. Las familias son las primeras escuelas de la educación en la fe; solamente si esa unidad cristiana se conserva será posible que la Iglesia cumpla su gran misión en la sociedad y en la misma Iglesia.

Amigos y hermanos, gracias por haberme ofrecido la posibilidad de participar en este gran encuentro con el mundo obrero, con el que me siento siempre tan a gusto. Sois para el Papa amigos y compañeros, gracias.

Esta ciudad de Guadalajara, se ha distinguido en todo México por el impulso dado a las actividades deportivas que proporcionan a la familia el crecimiento físico y espiritual y la alegría de una mente sana en un cuerpo sano. La corona de futbolista que nos acompaña pone un nuevo color a nuestra gran reunión. El Papa os da su bendición a todos y cada uno. Que ella os aliente vuestro compromiso apostólico con generosa entrega fraternal y con la seguridad de que Dios trabaja con vosotros para que construyáis un mundo más hermoso, más amable, más justo, más humano, más cristiano. Así sea.

DISCURSO DEL SANTO PADRE EN MONTERREY (1 febrero de 1979)

Hermanos y hermanas, campesinos, empleados y sobre todo obreros de Monterrey, gracias por todo lo que he podido oír, gracias por todo lo que puedo ver, a todos y a cada uno, muchas gracias.

Les agradezco esta acogida tan calurosa y cordial en vuestra ciudad industrial de Monterrey, en torno a ella discurre vuestra existencia y se desarrolla vuestro trabajo diario para ganarnos el pan de vuestros hijos: ella es también testigo de vuestras penas y de vuestras aspiraciones; esa es obra vuestra, obra de vuestra inteligencia y vuestras manos, y en este sentido, símbolo de vuestro orgullo de trabajadores y un signo de esperanza para un nuevo progreso y para una vida cada vez más humana.

Me siento feliz de contarme entre vosotros como hermano y amigo vuestro, como compañero de trabajo en esta ciudad de Monterrey que es para México algo parecido a Loov, que significa Nova Huta, en mi lejana y querida Cracovia. No olvido los momentos difíciles de la Guerra Mundial en los que yo mismo tuve la experiencia directa con trabajo físico como el vuestro, de su fatiga cotidiana y su dependencia, de su pesadez y su monotonía.

He compartido las necesidades de los trabajadores, sus justas exigencias y sus legítimas aspiraciones. Conozco muy bien la necesidad de que el trabajo no enajene y frustre, sino que corresponda a la dignidad superior del hombre. Puedo dar testimonio de una cosa: en los momentos de mayor prueba, mi pueblo de Polonia ha encontrado en su fe en Dios, en su confianza en la Virgen María, en la comunidad eclesial, unidad en torno a sus pastores una luz superior a las tinieblas y una esperanza inquebrantable.

Sé que estoy hablando a trabajadores que son conscientes de su condición de cristianos y que quieren vivir esa condición con todas sus energías y consecuencias. Por eso, el Papa quiere haceros algunas reflexiones que tocan vuestra dignidad como hombres, hijos de Dios. De esa noble fuente brotará la luz para conformar vuestra existencia personal y social. En efecto, si el espíritu de Jesucristo habita en nosotros debemos sentir la preocupación prioritaria por aquéllos que no tienen el conveniente alimento, vestido, vivienda, ni tienen acceso a los bienes de la cultura. Dado que el trabajo es fuente del propio sustento, es colaboración con Dios en el perfeccionamiento de la naturaleza, es un servicio a los hermanos que ennoblece al hombre. Los cristianos no pueden despreocuparse del problema del desempleo, de tantos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, y cabezas de familia a quienes la desocupación conduce al desánimo y a la desesperación. Los que tienen la suerte de poder trabajar aspiran a hacerlo en condiciones más humanas, más seguras, a participar más justamente en el fruto del esfuerzo común en lo referente a salarios, seguridad social, posibilidades de desarrollo cultural y espiritual; quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su fruto. Es derecho fundamental suyo crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses, y para contribuir responsablemente al bien común. La tarea es inmensa y compleja, se ve complicada hoy por la crisis económica mundial, por el desorden de círculos comerciales y financieros injustos, por el agotamiento rápido de algunos recursos y por los riesgos de contaminación irreversibles del ambiente. Para participar realmente en el esfuerzo solidario de la humanidad los



pueblos de América Latina exigen con razón que se les devuelva su vasta responsabilidad sobre los bienes que la Naturaleza les ha confiado.

Se hacen necesarias innovaciones atrevidas y renovadoras para superar las graves injusticias heredadas del pasado y para vencer el desafío de las transformaciones de la humanidad.

En todos los niveles nacionales e internacionales, y por parte de todos los grupos sociales, en todos los sistemas, las realidades nuevas exigen actitudes nuevas. La denuncia unilateral y el fácil pretexto de las ideologías ajenas, fueren las que fueren, se vuelven cada vez más irrisorias.

Si la humanidad quiere, puede controlar una revolución que se escapa de la mano: si quiere sustraerse a la tentación materialista que gana terreno en una huida hacia adelante desesperada, si quiere asegurar el desarrollo auténtico a los hombres y a los pueblos, debe revisar radicalmente los conceptos del progreso que bajo sus diversos nombres han dejado atrofiar los valores espirituales.

La Iglesia ofrece su ayuda, ella no teme denunciar los ataques a la dignidad humana, pero reserva lo esencial de sus energías para ayudar a los hombres y grupos humanos, a los empresarios y trabajadores, para que tomen conciencia de las inmensas reservas de bondad que llevan dentro, que ellos han hecho ya fructificar en su historia y que ahora deben dar frutos nuevos.

El movimiento obrero que la Iglesia y los cristianos han aportado como una contribución original y diversa, particularmente en este continente, reivindica su justa parte de responsabilidad en la construcción de nuevo orden mundial.

El ha recogido las aspiraciones humanas de libertad y dignidad, ha desarrollado los valores de solidaridad, los valores de fraternidad, de amistad, en la experiencia a compartir, ha suscitado formas de organización originales mejorando sustancialmente la suerte de numerosos trabajadores y contribuyendo, por más que no siempre se quiera decirlo, a dejar una huella en el mundo industrial, apoyándose en este pasado, y verá comprometer su experiencia en la búsqueda de nuevas vías, renovarse a sí mismo y de contribuir de manera aún más decidida a construir la América Latina del mañana.

Hace diez años que mi predecesor, el Papa Paulo VI estuvo en Colombia. Quería traer a los pueblos de América Latina el consuelo del padre común. Quería abrir a la Iglesia universal las riquezas de las iglesias de este continente.

Algunos años después, celebrando el octagésimo aniversario de la primera encíclica social, la *rerum novarum*, escribía que la enseñanza social de la Iglesia, acompaña con todo su dinamismo a los hombres en su búsqueda, si bien no interviene para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado. Ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales, se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso evangélico como fuente de renovación desde el momento que su mensaje es aceptado en su totalidad y en sus exigencias se desarrolla con la sensibilidad de la Iglesia marcada por una voluntad desinteresada de servicio y una atención a los más pobres. Finalmente se alimenta en la experiencia rica de muchos siglos, lo que permite asumir en la continuidad de sus preocupaciones permanentes la innovación atrevida y creadora, que requiere la situación presente del mundo. Son palabras de Paulo VI.

Queridos amigos: en fidelidad a esos principios la

Iglesia quiere hoy llamar la atención sobre un fenómeno grave y de gran actualidad: el problema de los emigrantes. No podemos cerrar los ojos a la situación de millones de hombres que, en búsqueda de trabajo y del propio pan, han de abandonar su patria y muchas veces la familia, afrontando las dificultades de un ambiente nuevo no siempre agradable, y aprender una lengua desconocida y condiciones generales que sumen en la soledad y a veces en la marginación a ellos, a sus mujeres y a sus hijos.

Cuando no, se llega a aprovechar esa circunstancia para ofrecer salarios más bajos, recortar los beneficios de seguridad social y asistencial a dar condiciones de viviendas indignas de seres humanos; hay ocasiones en las que el criterio puesto en práctica, es el de procurar el máximo rendimiento del trabajador emigrante sin llegar a la persona.

Ante este fenómeno, la Iglesia vive reclamando que el criterio a seguir en éste, como en otros campos, no es el hacer prevalecer lo económico, lo social, lo político, por encima del hombre, sino que la dignidad de la persona humana está por encima de todo lo demás, y a ello hay que condicionar el resto.

Crearíamos un mundo muy poco habitable si todos aspirasen a tener más y no se pensara, ante todo en la persona del trabajador, en su condición de ser humano y de hijo de Dios, llamado a una vocación eterna, si no se pensara en ayudarlo a ser más. Ciertamente, por otra parte, el trabajador tiene unas obligaciones que ha de cumplir con lealtad, ya que sin ello no puede haber un recto orden social. A los poderes públicos, a los empresarios y a los trabajadores invito con todas mis fuerzas a reflexionar sobre estos principios y a deducir las consecuentes líneas de acción. No faltan ejemplos, hay que reconocerlo también, en los que se pone en práctica con ejemplaridad estos principios de doctrina social de la Iglesia; me complazo de ello. Alabo a los responsables y aliento a imitar este buen ejemplo. Ganará con ello la causa de la convivencia y hermandad, entre grupos sociales y naciones podrá ganar aun la misma economía y sobre todo la causa del ser humano.

Pero no nos quedemos en el solo hombre; el Papa os trae también otro mensaje. Un mensaje que es para vosotros, trabajadores de México y de América Latina: abríos a Dios, Cristo os ama, la Madre de Dios, la Virgen María os ama, la Iglesia y el Papa os aman y os invitan a seguir la fuerza arrolladora del amor que todo puede superar y construir. Hace casi dos mil años cuando Dios envió a su Hijo, no esperó a que los esfuerzos humanos hubieran eliminado de la mente toda clase de injusticias. Jesucristo vino a compartir nuestra condición humana con sus sufrimientos, sus dificultades, su muerte, antes de transformar la existencia cotidiana. El supo hablar al corazón de los pobres, liberarlos del pecado, abrir sus ojos a un horizonte de luz y colmarlos de alegría y esperanza. Lo mismo hace hoy: Jesucristo está presente en vuestras Iglesias, en vuestras familias, en vuestros corazones, en toda vuestra vida. Abridle todas las puertas. Celebremos todos juntos en estos momentos, con alegría, el amor de Jesús y de su Madre. Nadie se sienta excluido, en particular los más desdichados, pues esta alegría que proviene de Jesucristo no es insultante para ninguna pena, tiene el sabor y el calor de la amistad que nos ofrece aquél que sufrió más que nosotros, que murió en la cruz por nosotros, que nos prepara una morada eterna a su lado y que ya en esta vida proclama y afirma nuestra dignidad de hombres, de Hijos de Dios. Estoy con amigos trabajadores y me quedaría con vosotros mucho más tiempo, pero he de con-

cluir. A vosotros, aquí presentes, a vuestros compañeros de México y a cuantos compatriotas vuestros trabajan fuera del suelo patrio, a todos los obreros de América Latina os dejo mi saludo de amigo, mi bendición y mi recuerdo. A todos, a vuestros hijos y familiares, mi abrazo de hermano.

Documentos de Puebla

DOCUMENTOS DE LA III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

2. VISION PASTORAL DEL CONTEXTO SOCIO-CULTURAL LATINOAMERICANO

2.1. Introducción

- (7) a) Como pastores peregrinamos con el pueblo latinoamericano a través de nuestra historia, con muchos elementos básicos comunes, pero también con matices y diferenciaciones propias de cada nación. A partir del Evangelio que nos presenta a Jesucristo que hace el bien y ama a todos sin distinción, y con una visión de fe, nos ubicamos en la realidad del hombre latinoamericano, expresada en sus esperanzas, sus logros y sus frustraciones. Esta fe nos impulsa a discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos; a dar testimonio, a anunciar y a promover los valores evangélicos de la comunión y de la participación; y a denunciar todo lo que en nuestra sociedad va en contra de la filiación que tiene su origen en Dios Padre y la fraternidad en Cristo Jesús.
- (8) b) Como pastores discernimos los logros y fracasos en estos últimos años. Presentamos esta realidad no con el propósito de causar desaliento, sino para estimular a todos los que puedan mejorarla. La Iglesia en América Latina ha tratado de ayudar al hombre a "pasar de situaciones menos humanas a más humanas" (PP20). Se ha esforzado por llamar a una continua conversión individual y social. Pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas y comuniquen valores cristianos a la cultura global donde viven, y conscientes de los logros obtenidos cobren ánimo para seguir contribuyendo a más y mejores logros.
- (9) c) Enunciaremos, con alegría, algunos de estos logros que nos llenan de esperanza:
- (10) —El hombre latinoamericano tiene una tendencia innata de acogida a las personas, de compartir lo que se tiene con otro, de caridad fraterna y desprendimiento particularmente entre los pobres; de sentir con el otro la desgracia en las necesidades. Valora mucho los vínculos especiales de la amistad nacidos del padrazgo, la familia y los rasgos que crea.
- (11) —Ha tomado cada vez más conciencia de su dignidad, de su deseo de participación política y social a pesar de que esos derechos en muchas partes están conculcados. Han proliferado las organizaciones comunitarias como de centros de madres, movimientos cooperativistas. . . sobre todo, en sectores populares.
- (12) —Hay un creciente interés por los valores autóctonos por respetar la originalidad de las culturas indígenas y de sus comunidades. Además, hay un gran amor a la tierra.
- (13) —Nuestro pueblo es joven y donde ha tenido oportunidades para capacitarse y organizarse ha mostrado

que puede superarse y también obtener sus justas reivindicaciones.

- (14) —El avance económico significativo que ha experimentado el Continente demuestra que sería posible desarraigar la extrema pobreza y mejorar la calidad de vida de nuestro pueblo; si esto es posible, pasa a ser una obligación. Se observa un crecimiento de la clase media, aunque en algunas partes ha sufrido un deterioro. Son claros los progresos en la educación.
- (15) d) Pero en nuestros múltiples encuentros pastorales con nuestro pueblo, percibimos también, como lo hizo el Santo Padre Juan Pablo II en su acercamiento a campesinos, obreros, estudiantes, el profundo clamor lleno de angustias, esperanzas y aspiraciones —del que nos queremos hacer voz: "la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado". (Camp. Oaxaca, Juan Pablo II.)

Así nos situamos en el dinamismo de Medellín (cf. 41,2), cuya visión de la realidad asumimos y que fue inspiración para tantos documentos pastorales nuestros en esta década.

Pablo VI resumió lúcidamente esta realidad de nuestros países como constatación: ". . . hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperización, injusticia en las relaciones internacionales y especialmente en los intercambios comerciales, situaciones de neo-colonialismo económico y cultural, y a veces tan cruel como el político, etc. . ."; y como tarea evangelizadora: ". . . el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total" (EN 30). A la luz de este enfoque de liberación integral, miramos la década desde Medellín a Puebla como años de cambio, frustraciones y contrastes.

2.2. Compartir las angustias

- (16) a) Nos preocupan las angustias de todos los miembros del pueblo cualquiera que sea su condición social: su soledad, sus problemas familiares, su falta de sentido de la vida. . . Más especialmente queremos compartir hoy las que brotan de su pobreza.
- (17) Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano la creciente brecha entre ricos y pobres (Cf. Juan Pablo II, Disc. inaugural No. 4). El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas (PP. 3). Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de poder cambiar: ". . . que se le quiten barreras de explotación. . . contra las que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción". (Juan Pablo II, Oax. Campesinos.)
- (18) Constatamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo en salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral.
- (19) b) Al analizar más a fondo esta situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa transitoria; sino que es el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, que originan ese estado de pobreza, aunque haya también otras causas de la miseria. Estado inter-



no en nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en "mecanismos que por encontrarse impregnados no de un auténtico humanismo, sino de materialismo producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres". (Juan Pablo II, discurso inaugural No. 4). Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras, que responden a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social; cambios que o no se han dado o han sido demasiado lentos en la experiencia de nuestra América Latina.

(20) c) Esta situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

- rostros de **indígenas** y con frecuencia también de **afro-americanos**, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los pobres entre los pobres;

- rostros de **campesinos**, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, careciendo de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

- rostros de **obreros** con frecuencia mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

- rostros de **marginados** y **hacinados urbanos**, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

- rostros de **sub-empleados** y **desempleados**, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y sus familias a fríos cálculos económicos;

- rostros de **jóvenes**, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad, y frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

- rostros de **niños**, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por trabárseles sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables que los acompañarán toda su vida; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

- rostros de **ancianos**, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.

(21) 2.3. **Compartimos con nuestro pueblo otras angustias** que brotan de la falta de respeto a su **dignidad como ser Humano**, como "imagen y semejanza de Dios" y a sus derechos inalienables como hijos de Dios.

(22) a) Países como los nuestros en donde con frecuencia no se respetan derechos humanos fundamentales —vida, salud, educación, vivienda, trabajo. . . están en situación de permanente violación de la dignidad de la persona.

(23) b) A esto se suman las angustias que han surgido por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos, de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante una justicia sometida o atada. Tal como lo indican los Sumos Pontífices, la Iglesia, "por un auténtico compromiso evangélico", debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobernantes o responsables se llaman cristianos (Conferencia Juan Pablo II, Doc. Inaugural II, 1).

Angustias por la violencia de la guerrilla, del terrorismo y de los secuestros realizados por extremismos de distintos signos que igualmente gravan la convivencia social.

(24) c) La falta de respeto a la dignidad del hombre se expresa también en muchos de nuestros países en la ausencia de participación social a diversos niveles. De manera especial nos queremos referir a la sindicalización. En muchos lugares la legislación laboral se aplica arbitrariamente o no se tiene en cuenta. Sobre todo en los países donde existen regímenes de fuerza se ve con malos ojos la organización de obreros, campesinos y sectores populares, y se adoptan medidas represivas para impedirlo. Este tipo de control y de limitación de la acción no acontece con las agrupaciones patronales que pueden ejercer todo su poder para asegurar sus intereses.

En algunos casos la sobrepolitización de las cúpulas sindicales distorsionan la finalidad de su organización.

(25) d) En estos últimos años se constata además el deterioro del cuadro político con grave detrimento de la participación ciudadana en la conducción de sus propios destinos. Aumenta, también con frecuencia, la injusticia institucionalizada. Además, grupos políticos extremistas al emplear medios violentos, provocan nuevas represiones contra los sectores populares.

(26) e) La economía de libre mercado vigente como sistema en nuestro continente y legitimado por ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social. Grupos minoritarios nacionales, asociados a veces con intereses foráneos, se han aprovechado de las oportunidades que les abren estas formas primitivas de libre mercado, para medrar en su provecho y a expensas de los intereses de los sectores populares mayoritarios.

Las ideologías marxistas se han difundido en el mundo obrero, estudiantil, docente y otros ambientes con la promesa de una mayor justicia social. En la práctica, sus estrategias han sacrificado muchos valores cristianos o han caído en irrealismos utópicos, inspirándose en políticas que al utilizar la fuerza como instrumento fundamental, incrementaron la espiral de la violencia.

Las ideologías de la seguridad nacional, han contribuido a fortalecer en muchas ocasiones, el carácter totalitario de los regímenes de fuerza y derivado el abuso del poder y la violación de los derechos humanos. En algunos casos pretenden amparar sus actitudes con una subjetiva profesión de fe cristiana.

(27) f) Tiempos de crisis económica como están pasando nuestros países, con menor o mayor dureza, aumentan las angustias de nuestros pueblos, cuando una fría tecnocracia aplica modelos de desarrollo que exigen de los sectores más pobres un costo social realmente inhumano, tanto más injusto cuanto que no se hace compartir por todos.

2.4. Aspectos culturales

(28) a) América Latina está conformada por diversas razas y grupos culturales con variados procesos históricos; no es una realidad uniforme y continua. Sin embargo, se dan elementos que constituyen como un patrimonio cultural común: tradiciones históricas y fe cristiana.

Lamentablemente, el desarrollo de ciertas culturas es muy precario. En la práctica, se desconoce, margina e incluso destruye valores que pertenecen a la antigua y rica tradición de nuestro pueblo. Afortunadamente ha comenzado una revalorización de las culturas autóctonas.

A causa de influencias externas dominantes o de la limitación alienante de formas de vida y valores importados, las culturas tradicionales de nuestros países se han visto deformadas y agredidas mirándose nuestra identidad y nuestros valores propios.

(29) b) Compartimos, por lo tanto, con nuestro pueblo angustias que surgen de la subversión de valores, que está a la raíz de muchos males que hemos mencionado hasta ahora:

- el materialismo individualista, supremo valor de muchos hombres contemporáneos, atenta contra la comunión y la participación impidiendo la solidaridad; y el materialismo colectivista que subordina la persona al Estado;
- el consumismo, con su ambición descontrolada de "tener más", va ahogando al hombre moderno en un inmanentismo que lo cierra a los valores evangélicos del desprendimiento y de la austeridad, paralizándolo para la comunicación solidaria y la participación fraterna.

- el deterioro de los valores familiares básicos va desintegrando la comunión familiar eliminando la participación corresponsable de todos sus miembros, haciéndoles fácil presa del divorcio y del abandono familiar; en algunos grupos culturales la mujer se encuentra en inferioridad de condiciones;

- el deterioro de la honradez pública y privada; las frustraciones, el hedonismo que impulsan a los vicios como el juego, la drogadicción, el alcoholismo, el desenfreno sexual.

(30) c) Educación y Comunicación Social como transmisores de cultura.

- La educación ha tenido grandes avances en estos últimos años; ha aumentado la escolaridad, aunque la deserción es todavía grande, el analfabetismo ha disminuido excepto en las regiones de población autóctona y campesina.

No obstante a estos avances existen deformaciones que han despersonalizado a muchos, debido a la manipulación de grupos minoritarios de poder que tratan de asegurar sus intereses e inculcar sus ideologías.

- Los rasgos culturales que hemos presentado se ven influidos fuertemente por los medios de comunicación social. Los grupos de poder político, ideológico y económico penetran a través de ellos simultáneamente el ambiente y el modo de vida de nuestro pueblo. Hay una manipulación de la información por los poderes. Esto se realiza de manera particular por la publicidad mediante la cual se introducen falsas expectativas, se crean necesidades ficticias y muchas veces contradicen los valores fundamentales de nuestra cultura latinoamericana y el Evangelio. El uso indebido de la libertad en estos medios lleva a invadir el campo de la privacidad de las personas que generalmente queda indefensa. Penetran también todos los ámbitos de la vida humana (hogar, centros de trabajo, lugares de esparcimiento, calle y actúan a lo largo de las 24 horas del día). Además, llevan a un cambio cultural que genera un nuevo lenguaje (EN 42).

2.5. Raíces profundas de estos hechos

(31) No podemos contentarnos con una mera descripción de los hechos; queremos conocer sus raíces más profundas para ofrecer nuestro aporte y cooperar en los cambios necesarios, desde una perspectiva pastoral que perciba más directamente las exigencias del pueblo.

(32) a) La falta de reformas estructurales en la agricultura, adecuadas a cada realidad, que ataquen con decisión los graves problemas sociales y económicos del campesinado: el acceso a la tierra y a los medios que hagan posible un mejoramiento de la productividad y comercialización.

(33) b) La carrera armamentista, que vemos con grave preocupación como gran crimen de nuestra época, es producto y causa de las tensiones entre países hermanos. Ella hace que se destinen ingentes recursos y compras de armas en vez de emplearlos en solucionar problemas vitales.

(34) c) La falta de integración entre nuestras naciones hace que nos presentemos como pequeñas entidades sin peso de negación en el concierto mundial.

(35) d) La vigencia de sistemas económicos que no consideran al hombre como centro de la sociedad y no realizan los cambios profundos y necesarios hacia una sociedad justa.

(36) e) El hecho de la dependencia económica, tecnológica, política y cultural: la presencia de conglomerados multinacionales que muchas veces velan por sus propios intereses a costa del bien del país que los acoge; la pérdida del valor de nuestras materias primas comparado con el precio de los productos elaborados que adquirimos.

(37) f) La crisis de valores morales: la corrupción pública y privada, el afán de lucro desmedido, la venalidad, la falta de esfuerzo, la carencia de sentido social, de justicia vivida y de solidaridad, la fuga de capitales y "de cerebros"... impi-

den o debilitan la comunión con Dios y la fraternidad.

(38) g) Finalmente, nosotros como Pastores, sin entrar a determinar el carácter técnico de esas raíces, vemos que en lo más profundo de ellas existe un misterio de pecado, cuando la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materiales (Cfr. Juan Pablo II, Ia. Misa en América; 25, 1-79; discurso inaugural).

2.6. Ubicación dentro de un continente con graves problemas demográficos

(39) Observamos que en casi todos nuestros países se ha experimentado un acelerado crecimiento demográfico. Tenemos una población mayoritariamente joven. Las migraciones internas y externas llevan un sentido de desarraigo. Las ciudades crecen desorganizadamente con el peligro de transformarse en megápolis incontrolables y cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica. El aumento de quienes buscan trabajo ha sido más rápido que la capacidad del sistema económico actual para dar empleo. Hay gobiernos e instituciones internacionales que aplican o apoyan políticas antinatalistas contrarias a la moral familiar.



OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES

Necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral.

Necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral.

1. DE MEDELLÍN A PUEBLA

(897) 1.1. La III Conferencia Episcopal Latinoamericana vuelve a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la Conferencia de Medellín que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres, no obstante las desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín, o el desconocimiento y aun hostilidad de otros.

(898) 1.2. A diez años de la celebración de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, la inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo una situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado; carecen de los más elementales bienes materiales en contraste con la acumulación de riquezas en manos de una minoría, muchas veces a costa de la pobreza de muchos. Los pobres no sólo carecen de bienes materiales, sino también en el plano de la dignidad humana carecen de una plena participación social y política. En esta categoría se encuentran principalmente nuestros indígenas, campesinos, obreros, marginados de la ciudad y muy en especial la mujer de estos sectores sociales, por su condición doblemente oprimida y marginada.

(899) 1.3. Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia Latinoamericana ha hecho o no ha hecho por los pobres después de Medellín, como plataforma para la búsqueda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora en el presente y en el futuro de América Latina.

(900) 1.4. Constatamos que Episcopados Nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes fueron haciendo más hondo y realista su compromiso con los pobres. Este testimonio incipiente, pero real, condujo a la Iglesia latinoamericana, a la denuncia de las profundas injusticias derivadas de mecanismos opresores.

(901) 1.5. La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído en no pocos casos persecuciones y vejaciones de diversa índole; los mismos pobres han sido las primeras víctimas de estas vejaciones.

(902) 1.6. Por otra parte los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su Fe y para un reclamo de sus derechos.

(903) 1.7. Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia a quien con frecuencia se ha acusado o de estar con los poderes socioeconómicos o políticos, o de una peligrosa desviación ideológica marxista.

(904) 1.8 No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos identificado suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres.

2. REFLEXIÓN DOCTRINAL

2.1. Jesús evangeliza a los pobres

(905) a. El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados (Cfr. Lc 4, 18-21) (Discurso inaugural III, 3). La Iglesia debe mirar, por consiguiente a Cristo cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora. El hijo de Dios demostró toda la grandeza de ese compromiso al hacerse hombre, pues se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos, solidario con ellos y asumiendo la situación en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y sobre todo en su pasión y muerte donde llegó a la máxima expresión de la pobreza (Med. Justicia 1, 3; E. N. 30; L.G. 8) (Cfr. Fil. 2, 5-2).

(906) b. Por esta sola razón ya los pobres merecen una atención preferencial aun antes de tener en cuenta su situación moral o personal. Hechos a imagen y semejanza de Dios (Cfr. Gen. 1, 26-28), para ser sus hijos, esta imagen

está ensombrecida y aun escarnejada. Por eso Dios toma su defensa y los ama (Mt 5, 45; St 2,5). De ahí que los primeros destinatarios de la misión sean los pobres (Lc. 4, 18-21) y su evangelización sea por excelencia la señal y prueba de la misión de Jesús (Lc. 7, 21-23).

(907) c. Este aspecto central de la Evangelización fue subrayado por su S.S. Juan Pablo II; "He deseado vivamente este encuentro, habitantes del barrio Santa Cecilia, porque me siento solidario con vosotros, y porque siendo pobres tenéis derecho a mis particulares desvelos; y os digo el motivo: el Papa os ama porque sois los predilectos de Dios. El mismo al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada para redimirla, envió precisamente a su Hijo, que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza (II Cr. 8. 9)". (Discurso del 30 /1/ 79).

(908) d. De María, que en su canto del Magnificat (Lc 1, 46-55) proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres, "parte también, el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados, y por la necesaria transformación de la sociedad" (Disc. del Papa en Zapopan).

2.2. El servicio al hermano pobre

(909) a. Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo hacemos lo que Cristo hizo por nosotros al encarnarse, al hacerse hermano nuestro pobre como nosotros (Discurso del Papa en México). Por eso el servicio a los pobres es la medida privilegiada y no excluyente, de nuestro seguimiento y de nuestro servicio a Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo libera de las injusticias, lo promueve integralmente, y lo dispone a realizarse como Hijo de Dios.

(910) b. Es de suma importancia que este servicio al hermano vaya en la línea que nos marca el Concilio Vaticano II (AA. 8): "Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas y no sólo los efectos de los males y organizar los auxilios de tal forma que quienes lo reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos".

(911) c. El compromiso de la Iglesia con los pobres y los oprimidos y el incremento de las Comunidades de Base le han ayudado a descubrir el potencial evangelizador de los pobres: en cuanto la interpelan constantemente llamándola a la conversión y en cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios.

2.3. La pobreza cristiana

(912) a. Para el cristianismo el término "pobreza" no es solamente expresión de privación y marginación de las que debamos liberarnos. Designa también un modelo de vida que ya aflora en el A.T. en el tipo de los "pobres de Yahve" (Cfr. Sof 2,3; 3,12-20; Is 49.13;66,2;Sal 74.19;149.4) y vivido y proclamado por Jesús como Bienaventuranza (Cfr. Mt 53; Lc 6,20). San Pablo concretó esta enseñanza diciendo que la actitud del cristiano debe ser la del que usa de los bienes de este mundo, 'cuyas estructuras son transitorias' sin absolutizarlas, pues con sólo medios para llegar al

Reino (I Cor. 7, 29-31).

(913) b. Este modelo de vida pobre se exige en el Evangelio a todos los creyentes en Cristo y por eso podemos llamarlos "pobreza evangélica" (Cfr. Mt 6, 19-34). Los religiosos viven en forma radicalizada esta pobreza, exigida a todos los cristianos, al comprometerse por sus votos a vivir los consejos evangélicos.

(914) c. La pobreza evangélica une la actitud de la apertura confiada en Dios con una vida sencilla, sobria y austera que aparta la tentación de la codicia y del orgullo (I Tim 6, 3-10).

(915) d. La pobreza evangélica se lleva a la práctica, como dice San Pablo también con la comunicación y participación de los bienes materiales y espirituales, no por imposición sino por el amor, para que la abundancia de unos remedie la necesidad de los otros (II Cor. 8.1-15).

(916) e. La Iglesia se alegra de ver en muchos de sus hijos, sobre todo de la clase media más modesta, la vivencia concreta de esta pobreza cristiana.

(917) f. En el mundo de hoy, esta pobreza es un reto al materialismo, y abre las puertas a soluciones alternativas de la sociedad de consumo.

3. LINEAS PASTORALES

3.1. El objetivo

(918) a. La opción preferencial por los pobres tiene como objetivo el anuncio de Cristo salvador que los iluminará sobre su dignidad, los llevará a la liberación de todas sus carencias y a la comunión con el Padre y los hermanos mediante la vivencia de la pobreza evangélica.

(919) b. Esta opción exigida por la realidad escandalosa de América Latina debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre.

(920) c. El cambio necesario de las estructuras sociales políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de las estructuras mentales respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión (Med. pobreza 1.3.; E.N. 30).

(921) d. La exigencia evangélica de la pobreza, como solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente, libra al pobre de ser individualista en su vida y de ser atraído y seducido por los falsos ideales de una sociedad de consumo. De la misma manera el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, convirtiéndolos y liberándolos de esta esclavitud y de su egoísmo.

3.2. Medios

(922) a. Conversión de la Iglesia. Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, toda la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de todos sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral con miras a una conversión efectiva. Así convertida, podrá eficazmente evangelizar a los pobres.

(923) b. Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor; ya que en la acción evangelizadora contará más la Iglesia con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el tener más y el poder secular. Así la Iglesia presentará una ima-

gen auténticamente pobre, abierta para Dios y el hermano, siempre disponible donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor.

3.3. Acciones concretas

- (924) a. Esta Conferencia Episcopal Latinoamericana sintiéndose comprometida con los pobres condena como antievangélica la pobreza extrema que reina en nuestro continente.
- (925) b. Se esfuerza por conocer y denunciar los mecanismos generadores de esta pobreza.
- (926) c. Une sus esfuerzos a los de otras iglesias y a los hombres de buena voluntad para desarraigar esa pobreza y crear un mundo más justo y fraterno.
- (927) d. Apoya las aspiraciones de los obreros y campesinos que "quieren ser tratados como hombres libres y responsables llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro, "y anima a todos a su propia superación" (El Papa en Monterrey y en Oaxaca).
- (928) e. Defiende el derecho fundamental de ellos a "crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común" (El Papa en Monterrey).
- (929) f. Las culturas indígenas tienen valores indudables, son la riqueza de los pueblos. La Iglesia las promueve y las mira con respeto y simpatía sabiendo "cuán importante es la cultura como vehículo para transmitir la fe, para que los hombres progresen en el conocimiento de Dios. En esto no puede haber distinciones de razas y culturas" (El Papa en Oaxaca).
- (930) Con su amor preferencial pero no exclusivo por los pobres, la Iglesia presente en Medellín, como dijo el Santo Padre, fue una llamada a la esperanza hacia metas más cristianas y más humanas. La III Conferencia Episcopal de Puebla quiere mantener viva esa llamada y abrir nuevos horizontes a la esperanza.

Cartas de solidaridad a Mons. Romero y Mons. Salazar.

Carta de Varios Obispos a Mons. Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador.

Puebla de los Angeles, 10 de febrero de 1979. Monseñor Oscar A. Romero. Arzobispo de San Salvador.

Querido Hermano:

Reunidos aquí en Puebla los Obispos de todo el continente Latinoamericano para tratar de dar un Mensaje de ánimo y de esperanza a todo el pueblo de Dios, hemos convivido contigo y se nos han hecho presentes una vez más los sufrimientos y las esperanzas de tu Iglesia Local y de la gran mayoría del pueblo que vive en tu territorio. Queremos dirigirnos a ti como hermanos y alentarte en la noble lucha que desarrollas con tu pueblo.

Sabemos que el Señor colocó sobre tus hombros la carga pastoral de la Arquidiócesis de San Salvador en momentos en que comenzaba un hostigamiento, una verdadera persecución, de palabra y de obra, contra todo el servicio de tu Iglesia en favor de la liberación cristiana de muchos salvadoreños empobrecidos y oprimidos, privados de fraterni-

dad y a quienes, por ello, se les oscurecía el rostro de Dios, nuestro Padre.

Durante estos dos años hemos seguido solidariamente el proceso de tu compromiso pastoral con los pobres. Cada vez has ido haciendo más tuyos los problemas y las luchas de campesinos y trabajadores, con quienes una minoría, aferrada a la riqueza y el poder, no quiere compartir en igualdad. No sólo has sabido hablar con ellos sino que has defendido valientemente el derecho que tienen de formar sus propias comunidades y organizaciones y las has alentado y favorecido. En todo ello has caminado hacia una fidelidad cada vez más grande a los compromisos pastorales que contrajimos en Medellín.

Somos conscientes de que en esta tarea te acompaña siempre la cruz. Pero es precisamente a través de la prueba como mostraremos la fidelidad cristiana al Evangelio. En tu Arquidiócesis, en dos años, cuatro de tus sacerdotes han sido asesinados juntamente con varios laicos, más de diez han sido expulsados, se han hecho atentados contra instituciones eclesiales; el pueblo de los pobres, destinatario principal de la misión de la Iglesia, ha sido reprimido de manera creciente, y la misión de tu Iglesia con ellos es obstaculizada continuamente, amedrentando a catequistas y celebradores de la palabra y haciendo así peligrosa la convocación de las comunidades cristianas. En medio de todo esto, acusado y difamado junto con todos los que buscan caminos de justicia, te has mantenido firme, sabiendo que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

Nos alegra intensamente que esta actividad liberadora haya producido en tu Arquidiócesis el fruto de una unidad cada vez mayor de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Nos llena de gozo saber que el pueblo se ha visto también fortalecido en su decisión de no aceptar resignadamente los atropellos a su dignidad. Así, oprimidos pero no aplastados, ni el poder ni la muerte podrá separarlos del amor de Dios que se ha revelado en Jesucristo.

A través de ti queremos dirigirnos a todo el pueblo de Dios que está en tu Arquidiócesis, y a todos los pobres de tu país a quienes anuncias la buena noticia de Jesucristo en su situación concreta. Ellos son el Cuerpo de Cristo en la historia, como lo has explicado en tu segunda carta pastoral. Ellos han estado presentes aquí en Puebla a través de tu voz. Sabemos que se trata de un pueblo de gente digna y dignificada por el enorme trabajo con que penosamente mantienen su vida. Se trata de un pueblo contra cuya opresión y represión has dicho y seguirás diciendo cristianamente: "Basta Ya", "Así no puede ser". Se trata de un pueblo que, sabiéndolo o no, es el siervo de Yahvé viviente y doliente hoy. Con su dolor, con la entrega de su vida por su dignidad, se va realizando una comunión que lleva en sí semillas de vida nueva para hoy y para mañana. Para una sociedad nueva, justa, solidaria, libre, fraterna y en la paz de la reconciliación, entre hermanos como signo del amor del Padre, concreción de su Reino y promesa de unidad definitiva.

Nuestra Iglesia y pueblos, que también sufren, luchan y esperan, son parte de esta comunión que se logra liberando y dando vida. Te animamos a seguir por este camino estrecho y empinado de la construcción permanente de ese Reino que Jesucristo presenta como don del Espíritu y misión a su Iglesia. Contigo rezamos el Padre Nuestro, partiendo así juntos el pan de nuestro compromiso y de nuestra esperanza. Y la Esperanza de los pobres no perecerá, porque de ellos es la Promesa.

Con nuestras oraciones recibe un fraternal abrazo.

FIRMAS DE SOLIDARIDAD

Felipe Santiago Benítez, Obispo de Villarica, Paraguay; Romeo Alberti, Obispo de Apucarana, Brasil; Alano María Peña, Obispo de Marbá, Brasil; Angelo Frosi, Obispo de Abeté, Brasil; Cândido Padim, Obispo de Baurú, Brasil; Fernando Aristia, Obispo de Copiapó, Chile; Ovidio Pérez, Obispo auxiliar de Caracas; Ivo Lorscheiter, Obispo de Santa María, Brasil; Gerardo Flores, Obispo de Verapaz, Guatemala; Jaime Coelho, Obispo de Maringá, Brasil; Paulo Evaristo Card. Arns, Sao Paulo, Brasil; Joao Batista Przyklenk, Obispo de Januaria, Brasil; Quirino A. Schmitz, Obispo de Barcelona, Venezuela; Jorge Manrique, Arzobispo de La Paz, Bolivia; Hermegarda A. Martins, Vicepresidenta de la CLAR; Angel Acha, Paraguay; Manuel Talamas Comandari, Obispo de Ciudad Juárez, México; Helder Cámara, Obispo de Olinda y Recife, Brasil; Adriano Hipólito O.F.M. Brasil; Luciano Metzinger, Sec. Gral. Cofer. Episcopal del Perú; Enrique Alvear, Obispo Aux. Santiago de Chile; Tomás González, Obispo de P. Arenas, Chile; Clemente José Carlos Isnard, Obispo de Nova Friburgo, Brasil; Orlando Dotti, Obispo de Barra, Brasil; Paulo E. Andrade Ponto, Obispo de Itapipoca, Brasil; Miguel F. Cámara, Maceió, Brasil; Leonidas E. Proaño, Obispo de Riobamba, Ecuador; Vicente Hernández, Trujillo, Venezuela; Samuel E. Carter, Arzobispo de Kingston, Jamaica; Priao Trojeda, Obispo Auxiliar de Santo Domingo; Carlos Palmes, presidente de la CLAR; José Luis Raso, Vicepresidente de la CLAR; Luis Patiño, Srio. Gral. de la CLAR; Luis A. Bamberen, Obispo de Chimbote, Perú.



Carta de varios Obispos a Mons. Manuel Salazar, Obispo de León, Presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua.

Puebla de los Angeles, 10 de febrero de 1979.

Monseñor Manuel Salazar, Obispo de León, Presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua.

Querido Hermano:

En estos días de convivencia aquí en Puebla, hemos escuchado el clamor de las angustias y esperanzas del pueblo nicaragüense. Reunidos aquí para tratar de la evangelización de nuestros pueblos, y para ser fieles intérpretes de la buena noticia de Jesús a los pobres, te recordamos con especial cariño, a ti y a tus hermanos en el Episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas y pueblo nicaragüense.

Recordamos todavía con profunda tristeza y santa ira el dolor, los atropellos y la muerte de tantos hombres,

mujeres, niños y jóvenes humildes y generosos, víctimas inocentes unos, ofrendas por la justicia y la libertad todos.

En nuestras discusiones sobre la dignidad del hombre, sobre los derechos de los pobres y sobre el más fundamental de los derechos, el derecho a la vida, la situación de Nicaragua ha estado muy presente entre nosotros, como ejemplo del martirio a que someten a los pueblos las tiranías de todo tipo.

Pero en medio de tan gran pena e indignación por la justicia y el dolor que viven, nos consuela el verlos a ustedes y, a su alrededor, a la Iglesia de Nicaragua, solidaria con su pueblo, como buenos pastores que no abandonan a sus ovejas; verlos denunciar con valentía profética los horrores infligidos a ese mismo pueblo, como antes lo hicieran Jesús y los profetas; verlos prestos a aliviar con todos los recursos de la Iglesia la miseria de los más humildes, como el buen Samaritano; verlos lúcidos para evitar males mayores y proponer a partir de la fe cristiana, drásticos cambios en la conducción política del país.

Por todo ello queremos decirles: gracias, muchas gracias. Queremos agradecer el testimonio de un pueblo y de una Iglesia que como el Siervo de Yahvé están llevando sobre sí los pecados de su Patria, por querer implantar el derecho y la justicia sobre la tierra. Si como Cristianos nos alentamos en la fe mutuamente, es ahora la Iglesia martirizada de Nicaragua, junto con otras a lo largo del continente y de Centroamérica, la que nos confirma en nuestra propia fe.

Sólo podemos ofrecerles a ustedes nuestra solidaridad en la denuncia de los crímenes, en aliviar miserias materiales y morales, en el anuncio de una nueva Nicaragua donde la palabra de Jesús sea en verdad buena nueva, en el trabajo común desde nuestras propias Iglesias. Esta carta fraternal quiere ser signo de ello y del compromiso de acompañarlos en los días difíciles que tiene todavía por delante la Iglesia y el pueblo de su país. Pedimos al Señor que su Iglesia se mantenga firme en la defensa de los derechos de los hijos de Dios. Y que su palabra siga siendo la palabra limpia de la verdad que mantiene la esperanza.

Esperamos vivamente que el sol vuelva a lucir en Nicaragua, y que el fragor de la guerra se convierta en el son de paz de campanas y guitarras. Esperamos una Nicaragua nueva en la que el pueblo rija sus propios destinos, como expresión de igualdad entre todos, de participación e independencia reales, de solidaridad efectiva con todos los pueblos hermanos; una Nicaragua en la que se cumpla el sueño del profeta: "Que las espadas se conviertan en podaderas y las lanzas en azadones", "Que el lobo y el cordero puedan al fin comer juntos".

Queremos terminar como comenzamos. Todos juntos deseamos orar y trabajar para que en el continente y en la querida Nicaragua se oiga la palabra de la Buena Nueva de Jesús, para que el nombre de Dios sea glorificado y para que su Reino se extienda cada vez más en la paz, la justicia, la libertad y el amor. Que el Señor Salve y bendiga a Nicaragua.

FIRMAS DE SOLIDARIDAD

Felipe Santiago Benítez, Obispo de Villarica, Paraguay; Romeo Alberti, Obispo de Apucarana, Brasil; Alano María Peña, Obispo de Marbá, Brasil; Angelo Frosi, Obispo de Abeté, Brasil; Cândido Padim, Obispo de Baurú, Brasil; Fernando Aristia, Obispo de Copiapó, Chile; Ovidio Pérez,



Obispo auxiliar de Caracas; Ivo Lorscheiter, Obispo de Santa María, Brasil; Gerardo Flores, Obispo de Verapaz, Guatemala; Jaime Coelho, Obispo de Maringá, Brasil; Paulo Evaristo Card. Arns, Sao Paulo, Brasil; Joao Batista Przyklenk, Obispo de Januaria, Brasil; Quirino A. Schmitz, Obispo de Barcelona, Venezuela; Jorge Manrique, Arzobispo de La Paz, Bolivia; Angel Acha, Paraguay; Manuel Talamas Comandari, Obispo de Ciudad Juárez, México; Helder Cámara, Obispo de Olinda y Recife, Brasil; Adriano Hipólito O.F.M. Brasil; Luciano Metzinger, Sec. Gral. Cofer. Episcopal del Perú; Enrique Alvear, Obispo Aux. Santiago de Chile; Tomás

González, Obispo de P. Arenas, Chile; Clemente José Carlos Isnard, Obispo de Nova Friburgo, Brasil; Orlando Dotti, Obispo de Barra, Brasil; Paulo E. Andrade Ponto, Obispo de Itapipoca, Brasil; Miguel F. Cámara, Maceió, Brasil; Leonidas E. Proaño, Obispo de Riobamba, Ecuador; Vicente Hernández, Trujillo, Venezuela; Samuel E. Carter, Arzobispo de Kingston, Jamaica; Priao Trojeda, Obispo Auxiliar de Santo Domingo; Carlos Palmes, presidente de la CLAR; Luis Patiño, Srio. Gral. de la CLAR; Luis A. Bamberen, Obispo de Chimbote, Perú; Marcos McGrath, Arzobispo de Panamá.